

'CANT ESPIRITUAL' AUSIÀS MARCH

Versión en castellano (José María Micó)

1. Puesto que sin ti nadie te alcanza, dame la mano o llévame por el pelo; si no extendiendo mi mano hacia la tuya, arrástrame hacia ti casi a la fuerza. Quiero ir a tu encuentro; no sé por qué no hago lo que deseo, puesto que tengo la certeza de que mi voluntad actúa libremente, y no sé qué me lo impide.

Quiero levantarme, y por el peso de mis terribles culpas no basta lo que me esfuerzo. Antes de que la muerte concluya mi vida, Dios, puesto que quiero ser tuyo, quíerelo tú; haz que tu sangre ablande mi duro corazón: de males parecidos curó a muchos otros. Ya la tardanza me anuncia tu ira: tu piedad no halla en mí motivos para actuar.

2. Con el entendimiento no he pecado tan claramente como con mi muy culpable voluntad. ¡Ayúdame, Señor! Pero te lo ruego en vano, porque tú no asistes sino a quien se ayuda, y no puedes desatender a cuantos se te acercan: lo demuestran tus brazos abiertos. ¿Qué haré yo, que no merezco que me ayudes, porque reconozco que no me esfuerzo tanto como puedo?

Perdóname si te hablo enajenado: mis palabras emanan de mi sufrimiento. El infierno me causa pavor, y voy en ese camino; quiero desandararlo, y mis pasos no enderezo. Pero yo recuerdo que salvaste al ladrón, cuyas fechorías eran incontables: tu espíritu alienta allí donde le place; cómo y por qué ningún mortal lo sabe.

Aunque por mis actos no soy un buen cristiano, no tengo ira contra ti, y de nada te acuso. No me cabe duda de que obras siempre bien, tanto dando como quitando la vida: no hay diferencia si lo dicta tu autoridad. De ahí que juzgue loco al que se enfurezca contra ti; la razón por la que los hombres no te conocen es porque aman el mal e ignoran el bien.

3. Te ruego que fortalezcas mi corazón, para que mi querer se sujete a tu voluntad; y ahora que sé que el mundo no me aprovecha, dame fuerzas para que lo abandone totalmente; y del placer que en ti saborea el hombre bondadoso, déjame sentir al menos un pequeño destello, para que mi carne que me es tan hostil reciba algún halago y no me sea del todo adversa. ¡Ayúdame, Señor!, que sin ti no puedo valerme, porque tengo el cuerpo peor que paralítico. Los malos hábitos han enraizado tanto en mí que me amarga el sabor de la virtud. ¡Oh, Dios, ten piedad! Dale la vuelta a mi naturaleza, que por mi culpa es malvada. Y si puedo redimir mis faltas con la muerte, esa será mi dulce penitencia.

Te temo más que te amo, y confieso este pecado ante ti. Turbada está mi esperanza y siento en mi interior una lucha terrible: te veo justo y misericordioso, veo que tu voluntad concede la gracia incluso sin méritos; que gustoso niegas y otorgas el don, sin tener en cuenta los méritos. Y si no hay justo que no te tema, ¿cuánto más no habré de temerte yo? Si al justo Job lo oprimía su temor a Dios, ¿qué haré yo, que nado entre mis culpas? Cuando pienso en el infierno, donde el tiempo no cuenta, allí se me aparece todo cuanto mis facultades temen. El alma, que fue destinada a contemplar a Dios, se rebela contra él blasfemando: para el hombre peor mal es inconcebible. Así pues, ¿cómo ha de sentirse quien hacia allí se encamina?

4. Señor, te ruego que acortes mi vida antes de que me sobrevengan peores acontecimientos. Como llevo una vida deshonesta, vivo en dolor, y temo que allá en la muerte este sea interminable. Por tanto, dolor aquí, y allá dolor sin límite.

Tómame en el instante en que mejor me halles; de nada me sirve la tardanza. Quien debe emprender un viaje no ve el momento de partir.

Yo me lamento, porque no puedo afligirme cuanto quisiera del eterno suplicio al que temo, pues se trata de un dolor sobrenatural que el hombre no puede representarse ni mucho menos sentir. Aun así, esto me parece una débil excusa para no ahuyentar de mí tan grave daño; si pido el cielo, no lo hago con suficiente convicción; me falta el temor y la esperanza.

5. Aunque te muestres irascible, esto se debe a nuestra ignorancia: tu voluntad siempre entraña clemencia, tu severo semblante no es sino inestimable bondad. Perdóname, Señor, si te he inculcado, pues confieso ser yo el culpable; te he juzgado con ojos humanos. Ilumíname los ojos del alma. Mi voluntad es contraria a la tuya, y creyéndome mi propio amigo soy mi enemigo. ¡Ayúdame, Señor, pues en tal trance me ves! Me desespero si haces balance de mis méritos. Mucho me disgusta cómo se prolonga mi vida, y mucho temo que acabe. Vivo en dolor, porque mi deseo no se endereza, y ya tengo alterada mi facultad de juicio.

6. Tú eres el fin donde todo fin acaba, y no hay fin si en ti no culmina. Tu bien es la medida de todos los bienes, y no es bondadoso quien a ti, Dios, no se te asemeja. Llamas dios a quien te complace, y elevas a mayor categoría humana a quien se parece a ti; de ahí que con razón quien place al diablo tome el nombre de aquel con quien congenia.

El fin que puede hallarse en este mundo no es verdadero si no hace al hombre dichoso: ese fin empieza donde este mundo acaba, según la dirección que tome el hombre. Los filósofos que pusieron este fin en sí mismos se muestran en desacuerdo: clara señal de que no se funda en la verdad; por consiguiente, no puede contentar al hombre.

La ley judaica no fue de por sí la idónea (uno no entraba en el paraíso por ella), pero como dio origen a la nuestra, puede decirse que las dos son una. Así, el fin de todo, que es completamente humano, no da reposo o término a los apetitos; mas el hombre sin este fin tampoco alcanza el otro: como San Juan cuando anunció al Mesías.

No descansa quien otro fin espera, pues con nada más se apacigua el deseo: esto lo siente cada uno, y no es preciso mucho ingenio, pues salvo en ti el deseo no tiene límites. Igual que todos los ríos desembocan en el mar, así todos los fines en ti acaban.

7. Puesto que te conozco, haz que te ame: que venza el amor al miedo que te profeso.

Y si no albergo tanto amor como quisiera, aumenta mi temor para que temiéndote no peque, ya que, si no pecho, perderé aquellos hábitos que fueron la causa de que no te amara. Que mueran los que me apartaron de ti, puesto que me han tenido moribundo e impiden que viva. ¡Oh, Señor Dios!, prolóngame la vida, pues me parece que me acerco a ti.

8. ¿Quién me enseñará a excusarme ante ti cuando deba dar cuenta de mis yerros? Tú delineaste mi recta disposición, y yo convertí la escuadra en una hoz muy curva; la quiero enderezar, pero necesito tu ayuda. ¡Ayúdame, Señor!, que mis fuerzas son flacas. Deseo saber a qué me predestinas. Lo que para ti es presente, para mí es hecho futuro.

No te pido salud para mi cuerpo, ni favor alguno de la naturaleza o de la fortuna, sino solo amarte, Dios, a ti tan solo, pues estoy seguro de que de ahí procede el sumo bien. Por lo tanto, si no siento un deleite sublime es porque no nací predispuesto para sentirlo; aunque, por sentido común, hasta el hombre rudo juzga que el bien supremo es el más deleitable de todos.

9. ¿Cuál será el día en que no tema a la muerte? Pues será cuando me inflame de tu amor; y esto no puede producirse sin el desprecio de la vida, y sin que por ti la desprecie. Entonces tendré a mis pies cuanto ahora acarreo sobre mis espaldas; quien no teme las garras del fiero león, mucho menos el agujijón de una avispa.

Te ruego, Señor, que me hagas insensible y que nunca más vuelva a sentir goce alguno: no solo los deshonestos que te ofenden, sino hasta los que resultan indiferentes. Lo deseo a fin de pensar solo en ti, y para poder hallar el camino que a ti conduce. Hazlo, Señor, y si me aparto en algún momento, tendré por seguro que nunca más me escucharás.

10. Me causa dolor verme perder la vida, porque mientras sufro no te amo tanto como quisiera, y quiero hacerlo; pero la costumbre me lo impide: me pesan las culpas del pasado. No te cuesto más que muchos que no te sirvieron y a los que concediste no menos de lo que yo te pido, por lo que te suplico que entres en mi corazón, pues has entrado en alguno más vil. Soy católico, pero la fe no me inflama lo bastante para sofocar la tenue frialdad de los sentidos, porque escojo lo que percibo por las sensaciones, y creo en el paraíso por fe, y lo ratifico por la razón. Tengo la parte del espíritu dispuesta, mas la de los sentidos la llevo a rastras. Así pues, Señor, guíame con el

fuego de la fe hasta el punto de que me abrase la parte que me enfría.

11. Me creaste para que salvase mi alma, y sabes que conmigo puede ocurrir lo contrario. Si es así, ¿para qué me creaste, siendo en ti el saber infalible? Te suplico que aniquiles mi ser, pues lo prefiero a la eterna cárcel oscura. Yo creo en ti por lo que dijiste de Judas: que sería mejor que ese hombre no hubiera nacido.

En cuanto mi alma estuvo segura tras haber recibido el bautismo, en vez de devolverme al seno de la vida, podría haber ido a saldar mi deuda con la muerte, y ahora no viviría entre temores. Los hombres pueden imaginarse los suplicios del infierno mejor que los placeres del cielo; los males sufridos son el ejemplo de los del infierno, pero juzgamos el paraíso sin sentirlo.

12. Dame fuerzas para que me venga de mí mismo: me siento muy culpable por haberte ofendido. Y si no es bastante, cébete en mi carne pero sin tocar mi alma, que está hecha a tu imagen. Y por encima de todo, que no vacile mi fe ni tiemble mi esperanza: si ellas flaquean, no habrá caridad para mí. Y desoye mi carne aunque te suplique.

13. ¿Cuándo mojaré mis mejillas con un llanto de lágrimas dulces? La contrición es la fuente de la que emanan; esa es la llave que nos abre el cielo sellado; de la atrición surgen las amargas, porque se fundan más en el temor que en el amor. No obstante, dámelas tal cual en abundancia, puesto que son la dirección y el camino hacia las otras.